

# Introducción:

## “Lucecitas que prendí p’alumbrar los corazones.”

*En esas anochecidas  
llenitas de oscuridad,  
A nadie le ha de faltar  
una estrellita prendida.*

Este libro es el resultado de un milagro.

Al poco tiempo de publicar *Salir de la botella*, recibí muchas peticiones de lectores que deseaban algo más, una segunda parte, pues afirmaban que el libro anterior les había “sabido a poco”.

Entonces empecé a planear un segundo libro e incluso pensé un título para el mismo. Tenía claros los temas que quería desarrollar y ampliar, pero algo no encajaba del todo y el proyecto no pasó de ser una declaración de buenos deseos.

Unos años después, estaba un día en una reunión y una persona me preguntó a qué atribuía yo determinado fenómeno que no viene a cuento.

—No lo sé... —respondí—. Pero creo que cuando vi-  
ves en tu corazón, los milagros suceden.

Sentí como si un dedo helado me recorriera la columna vertebral en ese momento y tuve que tomar asiento. Me di cuenta de que con esa frase —que, dicho sea de paso, estaba ya escrita en un par de lugares de *Salir de la botella*— había encontrado el título de mi libro y que así todo encajaba. El tiempo transcurrido sólo había sido una recogida de datos, una espera, una preparación para que el proceso alquímico del milagro pudiera suceder.

Y es que, mientras que *Salir de la botella* quería ser un manual de sencillas instrucciones para empezar a vivir más en contacto con nosotros mismos, más atentos a nuestro mundo interno, más “en nuestro corazón”, *Los milagros suceden* es la osada afirmación de que entonces, cuando empezamos a vivir en nuestro corazón, todo es posible y lo prodigioso se vuelve cotidiano, pues hay un nuevo mundo esperando nuestro regreso al hogar, aguardando nuestra vuelta a casa.

Pero debo decir que me ha costado acabar este libro. Mientras que *Salir de la botella* fue completado en apenas tres meses, de ahí sus sombras y sus luces, *Los milagros suceden* me ha llevado casi dos años. Confío en que el resultado valga la pena.

Pensando en la razón por la que he tardado tanto en concluirlo, me viene a la mente la parábola de san Dimi-tri que cuenta Albert Camus en *Los justos*.

Érase una vez un santo, que como recompensa a una larga vida de servicio, recibió el regalo imprevisto de una cita con Dios. Es de todos sabido que Dios suele estar bastante ocupado. Aunque el tiempo no es nada para Él, sus múltiples ocupaciones no le dejan ni un segundo libre. A pesar de eso, concertó una cita con el santo en medio de una estepa. El lugar estaba algo alejado de donde vivía el santo, por lo que, cuando estuvo próximo el momento de la ci-

ta, éste emprendió el viaje para no llegar tarde. No había medio de transporte, por lo que tenía que ir a pie, así que se puso en marcha.

Cuando estaba cerca del lugar de la cita, encontró a un campesino cuyo carro se había quedado atascado en medio del lodo. El santo comenzó a ayudarlo para que sacara el carro del atolladero, pero el hoyo era hondo y el barro espeso. Trabajaron con ahínco y, tras arduos esfuerzos, lo consiguieron, por lo que el santo pudo continuar su camino. Pero se había hecho tarde, y cuando llegó al lugar del previsto encuentro, ya no estaba Dios.

Cada uno de nosotros puede sacar las conclusiones que quiera. En función de nuestro sistema de creencias, elegimos una u otra. Sin meternos ahora en ningún atolladero como el del carro, lo que no cabe duda es que el santo encontró compasión, lo que puso alas a su corazón e incluso le hizo poder prescindir del deseo fundamental de su vida. En un nivel más de andar por casa, eso es lo que me ha pasado a mí. Creo, con una pizca de presunción, que tenía muchas ganas de escribir este libro. Pero en vez de teorizar sobre si suceden milagros o si no son más que meras coincidencias que no se puede calificar como prodigiosas, he estado tan involucrado contemplando *eso* que me ha faltado el tiempo preciso para ponerme manos a la obra.

### ¿SON MILAGROS?

Pero no todo el tiempo ha sido igual. También ha habido muchos momentos en los que me he cerrado a cal y canto al milagro. Momentos en los que no podía en modo alguno aceptar esa terminología. Recuerdo una ocasión en la que estaba conversando con una persona a la

que le tenía mucho cariño y que me dijo que había sido camillera en Lourdes varios años. No pude resistirme así que le pregunté, no sin un poco de sarcasmo, si había visto muchos milagros en Lourdes. Ella, sin embargo, me respondió con candor:

—Pues, mira, es difícil que a algo se le conceda la denominación de milagro. Incluso en Lourdes tienen que hacer un estudio muy sistemático antes de calificar de esa forma a un hecho, por muy prodigioso que parezca. Pero lo que sí he visto, no te quepa duda, ha sido el milagro cotidiano de la fe de las personas.

Santo cielo, pensé, cuánto más fácil habría sido si me hubiera mantenido en silencio. Desde luego, pero entonces no habría aprendido el milagro real de que siempre es posible responder al sarcasmo con candor. Fíjese que hasta de actuaciones equivocadas podemos sacar conclusiones correctas.

Es que, si nos empeñamos en no ver más que lo espectacular, es probable que perdamos de vista todos los milagros que acontecen diariamente. El milagro del amor, el milagro del sol, el milagro del agua...

Si nos empeñamos en no ver más que lo espectacular, yo no estaría aquí y ahora escribiendo. Ni usted estaría ahora leyendo. Todo son milagros.



Pero tratemos de explicarlo. Aunque cualquier explicación teórica supone una reducción de la intuición, creo que ese mundo en el que los milagros no sólo son posibles, sino una realidad constante, no se rige por las leyes de la lógica y la escasez que gobiernan el otro. Éste es un mundo de abundancia, de paz y de alegría. Y no está lejos. No es, como la definición de la utopía, “el lugar al que nunca se llega”, sino, muy al contrario, es

fácil llegar a él, aunque no vendan mapas de carreteras en las gasolineras.

En las primeras páginas de *Un curso de milagros* se afirma que todo el mundo tiene derecho a los milagros, aunque antes sea precisa una cierta purificación. Sí, y me da la impresión de que esa purificación es un *desaprendizaje*. Un proceso de olvidar, de forma consciente, sistemática y deliberada, todo lo que bloquea en nosotros la conciencia de lo que realmente somos.

Quizá la idea básica para avanzar en ese desaprendizaje sea lo sencillo y carente de complicaciones que es todo. Pero la propia Mary Poppins alerta a sus amigos sobre la tendencia que muchos tenemos de empeñarnos en complicar las cosas más sencillas. Es que la sencillez es algo muy difícil para las mentes retorcidas. De forma que nuestra práctica debería consistir en realizar e ir viendo la sencillez por doquier, con lo que nuestras mentes se irán simplificando.

Atrévete a creer  
que el universo es sencillo.  
Un sí amoroso  
abre la puerta  
de las infinitas posibilidades.

No se trata de que llegues  
a comprender tu vida.  
Se trata, simplemente,  
de que la vivas.

Sencillo es el mundo. Sencillo es todo. Y aunque nuestras mentes se empeñen en su tarea vana de confusión y complicación, nuestro corazón no admite el engaño. En nuestro corazón sabemos. En nuestro corazón están siempre abiertas de par en par las puertas del mundo nuevo.

Creo, desde luego, que no hay técnicas ni sistemas que puedan servir a todas las personas. Los que quiero compartir con usted son unos principios que a mí me han resultado valiosos. Señala Carl Rogers que lo más personal es lo que resulta más general. Yo voy a compartir lo que para mí es más personal, más mío, con la confianza de que sea general y le resulte útil a usted. Y a mí al mismo tiempo. Enseñamos lo que más necesidad tenemos de aprender. Éstos que voy a mostrarle, son los principios que creo que yo necesito tener más en consideración para que se dé en mí, para que se vuelva a dar, para que se siga dando ese milagro cotidiano y cotidianamente renovado de vivir en mi corazón. Observe que, en realidad, el título completo de este libro es casi una verdad de Perogrullo: cuando vives en tu corazón los milagros suceden... Es evidente, pues precisamente el hecho de vivir en el corazón *es* el milagro. Y, al tiempo, el hecho de vivir en el corazón nos hace ir dándonos cuenta de todos los milagros que ya están ahí, pero que nuestra forma de mirar, nuestro sistema de creencias, nos ha impedido ver.

Repito que no hay técnicas universales. Las de cada uno pueden ser las mejores. En cualquier caso, en mi propio proceso de aprendizaje me han resultado muy valiosas las historias, las anécdotas, las parábolas, pues creo que son los caminos aparentemente tortuosos pero que van más directos hacia el corazón, así como el uso de ejercicios de visualización y relajación, porque ayudan en ese recorrido hacia el corazón permitiendo asimismo que cada uno encuentre su propio ritmo. De modo que permítame comenzar con una historia que ilustra con precisión sobre cuál es la técnica más adecuada.

## PARÁBOLA DEL MONJE BARRENDERO

Érase una vez un joven que deseaba alcanzar la iluminación. Se confesaba dispuesto a todo para conseguirla, pero no sabía muy bien cómo hacerlo. Había oído decir que cerca de su pueblo había un monasterio donde se podían aprender las técnicas adecuadas. Así que, sin medios pero con una gran determinación, el muchacho se dirigió al citado monasterio.

Una vez allí, le dijeron que los estudios costaban dinero. Pero su único capital era su propósito. ¡Su gozo en un pozo! Había, eso sí, una posibilidad. Siempre podía trabajar unos años realizando alguna tarea humilde para el monasterio y después le darían los estudios.

No le habían podido hacer una mejor proposición. El muchacho empezó a trabajar con entusiasmo como barrendero en el monasterio con la confianza de que un día le enseñarían lo necesario para estar iluminado.

Varios años trabajó el joven en el monasterio. Jamás pidió nada. Sólo trabajaba con entusiasmo y confianza. Todos los que allí vivían se habían acostumbrado tanto a su presencia, que casi se habían olvidado de él. Era como si formara parte del paisaje del convento. Un elemento más. Pero él no pedía ni exigía. Simplemente seguía realizando con dedicación la tarea que le habían encomendado.

Un día, cuando se levantaron los monjes para rezar, salieron al patio y aún no había amanecido. Todo estaba oscuro excepto... excepto el joven barrendero, que ya no era tan joven pero que brillaba con una hermosa luz iluminando todo el patio. Deslumbrados sus compañeros se le acercaron. A pesar de la hora, él estaba barriendo, como siempre, con una apacible sonrisa en su rostro. Como siempre. Le preguntaron cómo lo había hecho, cómo había conseguido esa iluminación, a qué

técnicas había recurrido, qué libros había leído... en fin, esas cosas que se preguntan.

—No sé —respondió el barrendero—. Yo no hacía nada más que barrer. Pero pensaba que con cada movimiento de mi escoba, con cada mota de polvo que quitaba, me iba quitando un poco de mi arrogancia, de mi orgullo, de mi prepotencia, de mi intolerancia... y nada más.

Y nada más. Ésta fue su respuesta. Discreta y humilde como había sido su vida.

Pero si en vez de tan discreto y humilde hubiera sido un poco más vano y pretencioso, creo que hubiera podido responder:

—No sé, pero yo creo que cuando vives en tu corazón, los milagros suceden.



Éste es el momento de empezar. Vamos allá. Es un viaje hacia nuestro mayor conocimiento, hacia el descubrimiento de “nuestros amores”. Un viaje que lleva toda una vida, pero cuyo recorrido es pequeño: los pocos centímetros que separan nuestra mente de nuestro corazón. Un viaje que debería carecer de miedo:

Buscando mis amores  
iré por esos montes y riberas;  
ni cogeré las flores,  
ni temeré las fieras,  
y pasaré por fuertes y fronteras.

El objetivo es humilde y ambicioso. Y lleno de recompensas, pues cuando se recupera la conciencia de esa sencillez, regresa triunfante la esperanza, la que siempre tiene un lugar reservado en el corazón de los aman-

tes, la esperanza, nuestro hogar, la casa por la que el corazón vuela libre, y entonces nos damos cuenta de que, por grandes que hayan sido nuestros miedos en el pasado, seguimos teniendo esa estrellita prendida que, en realidad, jamás nos ha faltado.